

La sonrisa del profesor

Publicado en *Vanguardia Educativa* (Monterrey, México), nº 22, 2015

María Rosa Espot y Jaime Nubiola

Una de las cosas que más valoran los alumnos en un profesor es su sonrisa. Los alumnos son muy sensibles a la sonrisa del profesor tanto en el aula como fuera de ella. Para muchas personas, la sonrisa es la cumbre de las expresiones humanas. De hecho, los alumnos coinciden en que tener un profesor que sonríe es muy gratificante y predispone a un mejor aprendizaje.

Naturalmente nos estamos refiriendo a las sonrisas que son fruto de la alegría y del afecto a los demás, es decir, las que salen del fondo del corazón humano y no a las sonrisas irónicas, despectivas, mentirosas o algo parecido que tanto daño hacen. Los mejores profesores quieren a sus alumnos y están empeñados en expresarles su cariño: sonreír es un modo de hacerlo.

Sonreír embellece a la persona. Hace sentirnos mejor, más cómodos y nos ayuda a ser más agradables con los demás. No cabe duda alguna de que somos más felices si vemos sonrisas a nuestro alrededor. Sonreír amable y afectuosamente a los alumnos viene a ser como decirle a cada uno "me alegro de verte", algo que a todos nos gusta oír y de un modo particular a los alumnos que tanto esperan de nosotros los profesores. La sonrisa es una valiosa vía comunicativa.

1. Sonreír nos hace más humanos

Obviamente, sonreír no es un mero acto de los músculos de la cara, sino que es algo que surge de mucho más adentro de la persona; es también mucho más que un reflejo espontáneo del placer. Sonreír es uno de los rasgos más típicos del ser humano, en este sentido no podemos minusvalorar la sonrisa.

Ludwig Wittgenstein —para muchos el filósofo más profundo del siglo XX— anotaba incidentalmente en un oscuro pasaje de las *Philosophical Investigations* que "una boca sonriente *sonríe* solo en un rostro humano". Con estas palabras Wittgenstein afirma que para sonreír hace falta un rostro humano que otorgue significado a la sonrisa, pero quizá sugiere también que un rostro es plenamente humano cuando sonríe. Tomarse el trabajo de sonreír es un modo aparentemente sencillo en el que cada uno puede hacer un poco más humano este mundo nuestro y hacer así también más humana su propia vida.

Quien sonríe cosecha muchas veces la sonrisa y el afecto de los demás. En este sentido, sonreír a nuestros alumnos y a nuestros colegas es aportar nuestro granito de arena para cambiar este mundo a otro mejor, porque significa poner el amor —y no el egoísmo o el propio interés— en el centro de la vida humana. Por eso para comenzar a cambiar el mundo merece la pena tomarse en serio el trabajo de sonreír.

2. Enseñar a sonreír

Cuando las cosas marchan bien —tanto a nivel personal como profesional o familiar—, las sonrisas vienen solas, surgen como algo natural. Se podría decir que son manifestaciones de la alegría, la felicidad, el entusiasmo o el agrado que sentimos en nuestro interior.

Sin embargo, cuando llega la tristeza, la preocupación o el malestar, sonreír puede resultar realmente difícil y costoso. Quizá sea entonces el *mejor* momento para enseñar a nuestros alumnos a sonreír, pues a ninguno de ellos le pasa inadvertido nuestro sentir diario y nuestro modo de actuar ante las dificultades o sufrimientos que como a todo ser humano —por lo tanto, también como a ellos— nos llegan de vez en cuando. Vale la pena recordar que "las cosas nos parecen menos difíciles cuando las vemos realizadas en otros". Cuando estamos malhumorados o incluso con el alma herida, no importa que en un primer momento la sonrisa sea forzada o parezca artificiosa, pues con su repetida práctica va calando por dentro hasta que alegra el corazón. Hay que convencerse de que no sonreímos porque estamos contentos, sino que más bien estamos contentos porque sonreímos, dicho con otras palabras, nuestra expresión facial puede influir sobre nuestras emociones.

Nuestros alumnos necesitan nuestra sonrisa y que les enseñemos a sonreír. De ordinario nadie les enseña a hacerlo. Los profesores lo sabemos. Por lo tanto, enseñar a sonreír, sencillamente sonriendo, —sin discursos ni peroratas inútiles— ha de ser uno de nuestros objetivos educativos con nuestros alumnos. Sonreír ayuda a ser más humano y por consiguiente más feliz.

3. El poder de la sonrisa

Ni que decir tiene que una de las mejores cosas de la vida del profesor es tener una *buena relación* con los alumnos, esto es, una relación de respeto y afecto profundos. Una relación de este tipo nos permite ayudarles más y mejor. Si nos preguntaran quiénes son las personas que más nos han ayudado en nuestra vida, probablemente todos coincidiríamos en que son personas con las que hemos mantenido una *buena relación*. Es muy difícil dejarse ayudar por alguien con quien se está irritado o molesto de manera permanente o por alguien con el que no hay conexión alguna.

Ciertamente, en el aprendizaje de los alumnos intervienen muchos factores: el interés y la madurez del alumno, su actitud y su capacidad intelectual, el ritmo de la clase, la metodología que usa el profesor y otros muchos elementos. De entre todos esos factores —importantes todos— hay uno que merece especial atención por su gran poder, realmente decisivo, en el aprendizaje de los alumnos. Se trata del logro en el aula de un ambiente natural, de respeto y confianza, con cercanía afectiva y comunicación. Un ambiente que mantiene vivo en los alumnos el deseo de aprender.

Ese ambiente ideal, que tanto puede ayudar a nuestros alumnos, en buena parte depende del empeño que tenga el profesor en conseguirlo, es decir, en instaurarlo en el aula —y también fuera de ella— y de mantenerlo presente día a día, pase lo que pase. En este sentido, hoy en día, urge crear nuevos espacios de aprendizaje. Uno de los

mejores instrumentos para ese cambio es *la sonrisa amable y afectuosa del profesor*. Es decir, se trata de incorporar a nuestra práctica docente la sonrisa que genera unión con los alumnos, confianza y bienestar común. Si lo conseguimos, los profesores no solo estaremos potenciando las capacidades naturales de nuestros alumnos y por lo tanto mejorando su aprendizaje, sino que además estaremos ofreciéndoles una ayuda realmente efectiva para que su vida sea más humana.

María Rosa Espot (Barcelona) es Licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad Autónoma de Barcelona y Doctora en Humanidades por la Universitat Internacional de Catalunya. Desde 1978 es profesora en el Colegio La Vall en Bellaterra, Barcelona, España. Es autora de los libros *La autoridad del profesor. Qué es la autoridad y cómo se adquiere* (2006) y en colaboración con J. Nubiola, *Aprender a divertirse* (2011). **Contacto:** mrespot@la-vall.org

Jaime Nubiola (Barcelona, 1953) es profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra, España. Entre sus libros se cuentan *El taller de la filosofía*, *Pensar en libertad*, *Invitación a pensar* y en colaboración con F. Zalamea, *Peirce y el mundo hispánico*. Es director del *Grupo de Estudios Peirceanos*. **Contacto:** jnubiola@unav.es